San Lázaro fuesen á visitarlos y exhortarlos para que no desmintiesen su nobleza con aquella conducta tan contraria á la religion que profesaban. Así lo hicieron los eclesiásticos; y tan buenos efectos produjo su zelo en aquellos nobles, que en adelante ellos y todos los que estaban en la fortaleza enmendaron su desarreglada vida, y continuaron portándose como verdaderos cristianos.

Como último ejemplo del zelo de Vicente en el servicio de nuestro Señor, referiremos lo que hizo en favor de las hijas de la Congregacion titulada de la Cruz. María Huillier, señora de gran piedad, habia deseado por muchos años fundar una congregacion de doncellas, que con hábito seglar se ocupasen en instruir en las cosas espirituales á las personas de su mismo sexo. Sugirióle este buen pensamiento San Francisco de Sales, su padre espiritual, quien le dijo un dia, que así como en la Iglesia de Dios habia seminarios en donde se enseña á los hombres la práctica de las virtudes cristianas, así tambien era de desearse que hubiese una congregacion de señoras, cuyo instituto fuese instruir en la piedad y ejercicios espirituales á otras mugeres; y añadió que estaba dispuesto, si Dios le daba vida, á emprender esta obra. Pero como á poco tiempo murió este gran santo, nada pudo hacerse por entonces, y aun por espacio de quince años solo existia en la Sra. Huillier el deseo de hacer esta fundacion, hasta que finalmente quiso Dios abrirle camino del modo siguiente.

El año de 1636 con motivo de la invasion que hicieron los enemigos en Picardía, se retiraron á Paris entre otras personas, algunas buenas doncellas de un lugar de aquella provincia, que vivian en comun y tenian escuelas para enseñanza de niñas. Teniendo noticia estas doncellas de la mucha caridad de la Sra. Huillier, recurrieron á ella manifestándole la miseria en que se hallaban; acogiólas benignamente, y cuidó de que fuesen socorridas sus necesidades. Pronto conoció en ellas buenas disposiciones para poner en práctica el deseo que por tantos años habia tenido; y para asegurarse mas, quiso hacer prueba de todo lo que podia esconder la modestia de ellas. Con este objeto las envió á una parroquia de una aldea, en donde permanecieron por espacio de cinco ó seis años ocupadas en la instruccion de otras mugeres. Luego que estuvo satisfecha de los trabajos de las dichas doncellas, escogió á las que le parecieron mas hábiles, y llevándolas á Paris, las tuvo en su casa por algun tiempo en compañía de otras doncellas que habia reunido con el mismo objeto, y de este modo, con la aprobacion del arzobispo, dió principio á la Congregacion. El instituto particular de esta es formar buenas maestras de escuela, enseñar los misterios de nuestra santa fe á las mugeres pobres, y disponerlas para recibir dignamente los sacramentos; ademas de esto, admiten por algunos dias en la propia casa á las mugeres que manifiestan disposiciones convenientes para que puedan en un santo retiro atender á su propia perfeccion. Todo lo que hemos referido se hizo con el parecer y por las disposiciones que dió Vicente, á quien esta señora consultaba cuanto creia conveniente para terminar la empresa.

Mas como todas las obras de Dios suelen ser perseguidas, tal vez para purificarse en el crisol de los trabajos, sucedió que con ocasion de la temprana muerte de la fundadora, quedaron aquellas pobres doncellas sin apoyo, sin guia ni esperiencia, y lo que era peor, sin renta para mantenerse, principalmente por los muchos gastos que les era preciso hacer para defenderse de varios pleitos que contra ellas se movieron; y aunque muchas personas caritativas y poderosas las auxiliaron por algun tiempo, crecieron sin embargo de tal modo las dificultades, que todos creyeron conveniente abandonar la empresa. Solo nuestro Vicente fué de contrario parecer, porque vivia fundado, no en las esperanzas mundanas, sino en la piedad del cielo; así es que despues de varias juntas que se hicieron en su presencia, confiando enteramente en Dios, defendió con el mayor esfuerzo la causa de aquellas doncellas, y probó que se debia favorecer constantemente aquella nueva congregacion que daba señales no equívocas de producir muchos bienes,; y si bien el siervo de Dios no aprobaba fácilmente las fundaciones de nuevos institutos, y caminaba con gran cautela para empeñarse en negocios arduos, no dudó un punto en llevar al cabo su resolucion, en que trabajó con su acostumbrada dulzura y paciencia, hasta lograr el buen éxito que todos juzgaban imposible. Entre los medios de que se valió, fué uno el convencer á una señora poderosa y de conocida virtud para que se hiciese protectora de aquellas pobres doncellas; y esta quiso que con el beneplácito del ordinario se encomendase la direccion de sus conciencias á un sacerdote ejemplar

y docto, que con su zelo y doctrina contribuyó no poco á dar firmeza al establecimiento. Por su parte Vicente cooperaba con sus consejos y ejemplo al adelanto en el camino de la perfeccion de aquellas jóvenes virtuosas, cuyo instituto pasada esta tempestuosa persecucion, fué creciendo de dia en dia.

CAPITULO XXXIX.

Reflexiones sobre algunas penas que sufrió Vicente.

Dice el Santo Apóstol que todos los que quieran vivir en el servicio de Jesucristo, es necesario que sufran contratiempos y aflicciones: es necesario que lleven una parte de su cruz para caminar dignamente en su seguimiento; y en fin, para reinar con él en la eternidad, es necesario sufrir con él durante la vida.

Como Vicente se habia ocupado en grandes servicios de su Divina Magestad, y habia procurado continuamente imitarlo en todo, era preciso que participase de la honra de llevar su cruz y padecer sus tormentos. No hablaremos aquí de las mortificaciones esteriores é interiores que se buscaba él mismo, y de las que se tratará mas adelante, sino solo de las aflicciones que padeció, ya de parte de los hombres, ya por otros caminos de la Providencia.

En primer lugar diremos, que aunque la conducta de Vicente haya llevado siempre el sello de la prudencia, de la circunspeccion, deferencia, humildad y caridad, y tanto que en su época ni despues se haya encontrado un hombre sobre quien cargasen tantos negocios de caridad pública, sin embargo no por esto se ha libertado de los tiros de la calumnia y murmuracion; y no pudiendo contentar á la vez á Dios y á los hombres, particularmente en la época que estuvo en el Consejo para la distribucion de los beneficios, tenia que sufrir continuamente quejas, reconvenciones, y algunas veces injurias y groseras amenazas hasta dentro de su misma casa, sin contar con lo que fuera de ella publicaba la envidia contra su reputacion para saciar una torpe venganza; pero no se crea por esto que miraba como un mal todo lo que sufria, pues en vez de afligirse, sentia un gran placer en recibir injurias por amor de Jesucristo.

No pocas veces sucedió, como en otro capítulo hemos dicho, que durante las guerras viese su casa de San Lázaro saqueada por los soldados, y él consideraba estas pérdidas como un gran bien, pues en ellas solo veia el cumplimiento de los designios de Dios y una buena ocasion que se le presentaba de hacerle un sacrificio y de conformarse perfectamente con su santa voluntad.

Tales persecuciones y ataques á su honor ó á sus bienes, aun cuando la naturaleza humana los considere siempre como una calamidad, no lo eran sin embargo para Vicente, quien solo encontraba dolor y afliccion en otros acontecimientos que despedazaron muchas veces su sensible corazon. Tales fueron, entre otros, las guerras que en una parte de la Francia causaban tantas muertes, violaciones, sacrilegios, profanaciones de las iglesias, blasfemias y otros horribles atentados contra la misma persona de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, y por otra parte los cismas y divisiones que entre los católicos causaron las nuevas heregías que tanto trastornaron á la Iglesia, y dieron tanta osadía á los enemigos de la fe católica; en una palabra, todas las impiedades, escándalos y crímenes que veia ó tenia noticia que se cometian contra Dios, eran otras tantas saetas que traspasaban su corazon; y como estos males en su tiempo inundaron estraordinariamente toda la tierra, bien se puede creer que su alma estuvo constantemente sumergida en un amargo dolor.

Otra de las causas de afliccion era la muerte de los siervos de Dios y de los hombres verdaderamente apostólicos, pues veia por una parte que su número era pequeño, y por otra que la Iglesia tenia gran necesidad de ellos. Por esta razon le era muy sensible la pérdida que en varias ocasiones tuvo de muchos buenos misioneros, tanto en Francia como en los paises estrangeros, y que se hallaban en buena edad y con mejores disposiciones para prestar muchos servicios: murieron cinco ó seis en Génova, que fueron atacados de la peste asistiendo á los apestados: cuatro en Berberia de los que fueron á asistir á los esclavos cristianos: seis ó siete en la isla de Madagascar trabajando en la conversion de los infieles, y dos en Polonia, á donde fueron en servicio de la Religion católica, sin contar en el número de estas víctimas los que durante las guerras de Francia murieron en servicio de